

Malla Nunn

**Un hermoso lugar para morir**  
El primer caso del detective Cooper

Traducción del inglés de  
Clara Ministral

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

*A los ancestros*

*Sudáfrica, septiembre de 1952*

El oficial de policía Emmanuel Cooper apagó el motor y miró a través del sucio parabrisas. Estaba en un lugar perdido en medio del campo. Para perderse aún más tendría que retroceder en el tiempo hasta las guerras zulúes. Dos camionetas Ford, un Mercedes blanco y una furgoneta policial aparcados a su derecha le situaron en el siglo xx. Delante de él, sobre una elevación del terreno, había un grupo de granjeros negros dándole la espalda. La marcada línea formada por sus hombros no dejaba ver lo que había detrás.

Desde la cresta de una ardiente colina verde, un pastor con quince vacas escuálidas observaba con inquietud el inusual grupo de personas desperdigadas por aquel lugar recóndito. De modo que la granja sí había sido escenario de un crimen –no era un bulo, como habían creído en la jefatura de policía del distrito–. Emmanuel salió del coche y se levantó el sombrero para saludar a un grupo de mujeres y niños sentados a la sombra de una higuera silvestre. Unos cuantos le devolvieron el saludo educadamente con la cabeza, en silencio y con miedo. Emmanuel se aseguró de que llevaba la libreta, el bolígrafo y la pistola, preparándose mentalmente para el trabajo.

Un anciano negro vestido con un peto harapiento salió de la sombra de la furgoneta policial y se acercó con la gorra en la mano.

–¿Es usted el *baas* de Jo'burgo? –preguntó.

–El mismo –contestó Emmanuel. Cerró el coche y se metió las llaves en el bolsillo de la chaqueta.

–El agente ha dicho que vaya usted al río –dijo señalando con un dedo huesudo el terreno elevado en el que estaban los granjeros–. Por favor, *ma' baas*, tiene que venir conmigo.

El anciano fue delante. Emmanuel le siguió y los granjeros se volvieron cuando se aproximó a ellos. Se acercó un poco más y examinó la hilera de rostros para intentar determinar qué clima se respiraba. Bajo el silencio de aquellos hombres, percibió el miedo.

–Tiene usted que ir allí, *ma' baas*.

El anciano señaló un sendero estrecho y serpenteante que, atravesando la alta hierba, llegaba hasta la orilla de un ancho y resplandeciente río.

Emmanuel dio las gracias haciendo un gesto con la cabeza y echó a andar por el camino de tierra. La brisa hizo susurrar la maleza y una pareja de canarios levantó el vuelo. Le llegó el olor a tierra húmeda y hierba aplastada. Se preguntó qué habría esperándole.

Al final del camino, llegó al borde del río y miró a lo lejos. Una extensión de *veld* de poca altura brillaba bajo el cielo despejado. A lo lejos, una cordillera rompía el horizonte con sus picos azules e irregulares. Pura África. Como en las fotos de las revistas inglesas que promocionaban las ventajas de la emigración.

Emmanuel empezó a caminar lentamente por la orilla del río. Al cabo de diez pasos vio el cadáver.

Muy cerca de la orilla había un hombre flotando, boca abajo y con los brazos extendidos como un paracaidista en caída libre. Emmanuel se fijó inmediatamente en el uniforme de policía. Un comisario. Ancho de hombros y robusto, con el pelo rubio y cortado al rape. Un grupo de pececillos plateados danzaban alrededor de lo que parecía una herida de bala en la cabeza y otro profundo corte en medio de la ancha espalda. El cuerpo estaba firmemente sujeto por unos juncos que impedían que se lo llevara la corriente.

Una manta acartonada por la sangre y un farol volcado con la mecha quemada indicaban que el lugar se había usado como puesto de pesca. Las lombrices para el cebo se habían salido de un bote de mermelada y estaban secas sobre la gruesa arena.

A Emmanuel le latía el corazón con fuerza en el pecho. Le habían mandado a él solo a investigar el asesinato de un comisario de policía blanco.

—¿Es usted el de la policía judicial?

La pregunta, en afrikáans, sonó como la de un muchacho insolente dirigiéndose al nuevo maestro.

Emmanuel se volvió y se encontró con un adolescente larguirucho vestido con un uniforme de policía. Un cinturón ancho de cuero le sujetaba el pantalón y la chaqueta de algodón azules a las estrechas caderas. Tenía una tenue pelusilla a lo largo de la línea de la mandíbula. La política del Partido Nacional de contratar afrikáners para los servicios públicos había llegado hasta el campo.

—Soy el oficial Emmanuel Cooper, de la policía judicial —dijo tendiéndole la mano—. ¿Es usted el agente encargado de este caso?

El chico se sonrojó.

—*Ja*, soy el agente Hansie Hepple. El subcomisario Uys está de vacaciones en Mozambique hasta dentro de dos días, y el comisario Pretorius está..., bueno..., está muerto.

Miraron hacia el comisario de policía, que nadaba en las aguas de la eternidad. Una mano blanca sin vida los saludó desde el agua poco profunda.

—¿Fue usted quien encontró el cadáver, agente Hepple? —preguntó Emmanuel.

—No —al joven afrikáner se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lo encontraron unos niños *kaffir* del poblado esta mañana... Lleva aquí toda la noche.

Emmanuel esperó hasta que Hansie se calmó.

—¿Fue usted quien llamó a la policía judicial?

—No conseguía que me pusieran con la jefatura de policía del distrito —explicó el joven agente—. Le dije a mi hermana

que lo intentara hasta que consiguiera contactar. No quería dejar solo al comisario.

Un poco más adelante, siguiendo la orilla del río, había tres hombres blancos en un corrillo, turnándose para beber de una abollada petaca plateada. Eran grandes y fornidos, la clase de hombres que seguirían tirando de sus propios carromatos por el *veld* mucho después de que murieran los bueyes. Emmanuel los señaló.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó.

—Tres de los hijos del comisario.

—¿Cuántos hijos tiene el comisario?

Emmanuel se imaginó a la madre, una mujer de anchas caderas que daba a luz cuando no estaba preparando pan o tendiendo la ropa.

—Cinco hijos varones. Son una buena familia. Auténtico *volk*.

El joven policía se metió las manos en los bolsillos y, con su bota con punta de acero, dio una patada a una piedra y la mandó rodando por la orilla. Ocho años después de las playas de Normandía y las ruinas de Berlín, en las llanuras africanas se seguía hablando del espíritu del pueblo y de la pureza racial.

Emmanuel observó a los hijos del comisario asesinado. De acuerdo, era verdad que eran auténticos afrikáners. Rubios musculosos sacados directamente de la victoria de la batalla del Río de la Sangre y ensalzados en las paredes del Monumento a los Voortrekkers. Los hijos del comisario deshicieron el corrillo y se dirigieron hacia él.

A Emmanuel le vinieron de pronto a la cabeza imágenes de su infancia. Niños con la piel blanca como la leche materna de los codos para arriba y del cuello para abajo. Con las narices torcidas de pelearse con los amigos, los indios, los ingleses o los mestizos lo suficientemente atrevidos para cuestionar su posición en lo más alto de la jerarquía.

Los hermanos llegaron hasta donde estaba Emmanuel y se detuvieron a una distancia muy corta de él. El más grande, el Líder, se puso delante. El Esbirro se quedó a su derecha,

apretando los dientes. Medio paso más atrás, el tercer hermano estaba listo para recibir órdenes de los puestos superiores de la cadena de mando.

–¿Dónde está el resto de la brigada? –preguntó el Líder en un inglés tosco-. ¿Dónde están sus hombres?

–Yo soy la brigada –respondió Emmanuel-. No hay nadie más.

–¿Es una broma? –dijo el Esbirro, que añadió un dedo acusador a la conversación-. ¿Asesinan a un comisario de policía y la policía judicial envía a un oficial de mierda?

–No debería estar solo –reconoció Emmanuel. La muerte de un hombre blanco requería un equipo de oficiales. La muerte de un policía blanco, toda una división-. La información que recibimos en la jefatura era confusa. No se mencionó la raza, el sexo ni la profesión de la víctima...

El Esbirro interrumpió la explicación:

–Vas a tener que contarnos algo mejor que eso.

Emmanuel decidió centrarse en el Líder.

–Yo estaba trabajando en el caso del asesinato de los Preston, la pareja de blancos a la que dispararon en su tienda –dijo-. Seguimos al asesino hasta la granja de sus padres, a una hora de aquí hacia el oeste, y le detuvimos. El inspector Van Niekerk me llamó y me pidió que verificara un posible homicidio...

–¿Un «posible homicidio»? –el Esbirro no iba a permitir que le dejaran fuera de la conversación-. ¿Qué narices significa eso?

–Significa que la persona que llamó sólo le proporcionó un dato útil al operador que registró la llamada: el nombre del pueblo, Jacob's Rest. Ésa era toda la información de la que partíamos.

No mencionó la palabra «bulo».

–Si eso es verdad, ¿entonces cómo has llegado aquí? –preguntó el Esbirro-. Esto no es Jacob's Rest, es la granja del viejo Voster.

–Un africano me hizo señas para que me desviara de la carretera principal y después otro me indicó el camino hasta

el río –explicó Emmanuel. Los tres hermanos le miraron con un gesto de perplejidad; no tenían ni idea de lo que estaba hablando.

–No puede ser –dijo el Líder dirigiéndose directamente al joven agente de policía–. Tú les dijiste que habían asesinado a un comisario de policía, ¿verdad, Hansie?

El muchacho se escondió rápidamente detrás de Emmanuel. Se oyó su respiración entrecortada en el repentino silencio.

–Hansie... –el Esbirro olió el miedo–, ¿qué les dijiste?

–Yo le... –contestó el chico en voz baja–, le dije a Gertie que tenía que contarle todo. Que tenía que explicar lo que pasaba.

–Gertie... ¿Tu hermana de doce años hizo la llamada?

–Yo no conseguía contactar –protestó Hansie–, intenté...

–*Domkop* –dijo el Líder echándose hacia un lado para poder golpear a Hansie sin obstáculos–. ¿De verdad eres tan tonto?

Los hermanos avanzaron en una línea infranqueable; llevaban preparados los puños, que tenían el tamaño de repollos. El agente se agarró a la chaqueta de Emmanuel y se acurrucó junto a su hombro.

Emmanuel se mantuvo firme y no apartó la mirada del hermano que lideraba el grupo.

–Pegándole un par de bofetadas al agente Hepple os sentiréis mejor, pero no podéis hacerlo aquí. Éste es el escenario de un crimen y yo tengo que ponerme a trabajar.

Los Pretorius se detuvieron y desplazaron la atención hacia al cadáver de su padre, que flotaba en las nítidas aguas del río.

Emmanuel rompió el silencio y alargó la mano.

–Oficial Emmanuel Cooper, de la policía judicial. Lamento la pérdida de vuestro padre.

–Henrick –dijo el Líder, y Emmanuel sintió cómo su mano se perdía dentro de una carnosa zarpa–. Éstos son Johannes y Erich, mis hermanos.

Los hermanos menores saludaron con la cabeza, mirando con recelo al policía de la ciudad con su traje planchado y su

corbata de rayas verdes. En Jo'burgo parecía elegante y profesional. En el *veld*, con hombres que olían a tierra y a gasóleo, estaba fuera de lugar.

–El agente Hepple dice que sois cinco.

Devolvió la mirada a los hermanos y vio que tenían la piel enrojecida alrededor de los ojos y la nariz.

–Louis está en casa con nuestra madre. Es demasiado pequeño para ver esto –Henrick dio un trago de la petaca y se volvió para ocultar las lágrimas.

Erich, el Esbirro, tomó la palabra:

–A Paul le van a dar permiso en el ejército por motivos familiares. Llegará a casa mañana o pasado.

–¿En qué unidad está? –preguntó Emmanuel, sorprendido ante su propia curiosidad. Llevaba seis años fuera de servicio y aún llevaba los pantalones y las camisas planchados con unas rayas tan marcadas que habrían complacido a un sargento mayor. Le habían dado de baja del ejército, pero el ejército no le había dejado marchar.

–Paul está en los servicios de inteligencia –dijo Henrick, que ahora tenía la cara sonrosada por el brandy.

Emmanuel calculó las probabilidades de que Paul perteneciera a la vieja guardia del cuerpo de inteligencia, la que fracturaba dedos y rompía cabezas para sacar información. Exactamente la clase de gente a la que uno no quiere tener rondando en la investigación metódica de un asesinato.

Se fijó en la postura de los hermanos, con los hombros relajados y los puños abiertos, y decidió tomar el control de la situación ahora que tenía la oportunidad. Estaba solo, sin refuerzos, y había un caso de asesinato que resolver. Empezó con la clásica pregunta inicial que garantiza una reacción tanto de un idiota como de un genio:

–¿Se os ocurre alguien que haya podido hacerle esto a vuestro padre?

–No, nadie –respondió Henrick con absoluta seguridad–. Mi padre era un buen hombre.

–Hasta los hombres buenos tienen enemigos. Y más un comisario de policía.

–Puede que padre se ganara la antipatía de algunas personas, pero nada serio –insistió Erich–. La gente le respetaba. Nadie que le conociera podría hacer esto.

–¿Entonces diríais que ha sido alguien de fuera?

–Los contrabandistas utilizan este tramo del río para entrar y salir de Mozambique –dijo Henrick–. Armas, alcohol, hasta panfletos comunistas: todo entra en el país cuando no hay nadie mirando.

Johannes intervino por primera vez:

–Creemos que quizá padre sorprendió a algún delincuente que estaba entrando en Sudáfrica.

–Algún maleante que traía tabaco o whisky robado del puerto de Lorenzo Márquez –añadió Erich mientras le cogía la petaca a Henrick–. Algún *kaffir* sin nada que perder.

–Eso deja un radio bastante amplio –contestó Emmanuel, que recorrió con la mirada toda la ribera del río. A lo lejos, corriente arriba, había un hombre negro mayor con una gruesa chaqueta de lana y un uniforme de color caqui sentado a la sombra discontinua de un árbol indoni. Dos niños negros asustados se acurrucaban a su lado.

–¿Quién es ése? –preguntó.

–Shabalala –contestó Henrick–. También es policía. Es mitad zulú y mitad *shangaan*. Padre decía que su lado *shangaan* podía seguir el rastro de cualquier animal y que su lado zulú se aseguraría de matarlo.

Los hermanos Pretorius sonrieron al recordar la vieja explicación del comisario.

Hansie intervino ansiosamente:

–Ésos son los niños que encontraron el cadáver, oficial. Se lo dijeron a Shabalala y él vino al pueblo en la bici y nos lo dijo a nosotros.

–Quiero ver qué nos pueden contar.

Hansie sacó un silbato del bolsillo del pecho y emitió un pitido estridente.

–Agente Shabalala. Traiga a los niños, rápido.

Lentamente, Shabalala se levantó cuan largo era, más de un metro ochenta, y empezó a caminar hacia ellos. Los niños

fueron detrás, a la sombra del cuerpo del policía. Emmanuel observó acercarse a Shabalala e inmediatamente se dio cuenta de que debía de haber sido él quien había organizado a la cadena de nativos para que le indicaran el camino hasta el lugar del crimen.

—¡Venga, hombre! —gritó Hansie—. ¿Lo está viendo, oficial? Les dices que se den prisa y así es como van.

Emmanuel se apretó con los dedos el hueso que sobresalía sobre la cuenca de su ojo izquierdo, donde le estaba empezando a doler la cabeza. La luz del campo, sin la nube de contaminación industrial, brillaba en su retina como la llama de un soplete.

—Oficial Cooper, éste es el agente Samuel Shabalala —Hansie hizo las presentaciones con su mejor voz de adulto—. Shabalala, este oficial de la policía judicial ha venido desde Jo'burgo para ayudarnos a averiguar quién ha matado al comisario. Tienes que ser un buen hombre y contarle todo lo que sabes, ¿de acuerdo?

Shabalala, que sacaba varias cabezas y diez o veinte años a todos los blancos que tenía delante, asintió y estrechó la mano que le había tendido Emmanuel. Su rostro, en calma como las aguas de un lago, no revelaba nada. Emmanuel le miró a los oscuros ojos marrones y no vio más que su propio reflejo.

—El oficial es inglés —le dijo Henrick directamente a Shabalala—. Tienes que hablar en inglés, ¿vale?

Emmanuel se volvió hacia los hermanos, que estaban detrás de él formando un semicírculo.

—Tenéis que retroceder veinte pasos mientras hago unas preguntas a los niños. Os avisaré cuando estemos listos para mover a vuestro padre.

Henrick contestó con un gruñido y los hermanos se alejaron. Emmanuel esperó a que volvieran a formar su corrillo antes de continuar. Se puso en cuclillas para estar a la altura de los niños y le preguntó a Shabalala:

—*Uno bani wena?*

Shabalala abrió los ojos de par en par con un gesto de

sorpresa, y después se agachó, poniéndose a la altura de los niños igual que Emmanuel. Tocó a los pequeños en el hombro con delicadeza, primero a uno y luego al otro. Contestó la pregunta de Emmanuel, también en zulú:

–Éste es Vusi y éste es Butana, el hermano pequeño.

Los niños aparentaban unos once y nueve años y tenían el pelo rapado y unos enormes ojos marrones. Las camisas raídas les quedaban apretadas sobre los estómagos abultados.

–Yo me llamo Emmanuel. Soy policía, de Jo’burgo. Sois unos chicos muy valientes. ¿Podéis contarme lo que pasó?

Butana levantó la mano y esperó a que le dieran la palabra.

–*Yebo?* –le animó Emmanuel.

–Por favor, *baas* –dijo Butana mientras su dedo daba vueltas dentro de un agujero en la parte delantera de la camisa–. Vinimos a pescar.

–¿De dónde veníais?

–De casa de nuestra madre, en el poblado –dijo el mayor–. Vinimos cuando aún no había casi luz porque al *baas* Voster no le gusta que pesquemos aquí.

–Voster dice que los nativos roban el pescado –dijo Hansie, que se agachó para unirse a la acción. Emmanuel siguió como si no le hubiera oído.

–¿Por dónde llegasteis al río? –preguntó.

–Vinimos por ese camino de allí.

Vusi señaló un estrecho sendero, más allá de donde se encontraban la manta y el farol sobre la arena, que desaparecía en el exuberante *veld*.

–Llegamos hasta aquí y yo vi que había un hombre blanco en el agua –dijo Butana–. Era el comisario Pretorius. Muerto.

–¿Y qué hicisteis? –preguntó Emmanuel.

–Nos fuimos corriendo –Vusi se frotó las palmas de las manos una contra la otra para producir un sonido silbante–. Rápido, rápido. Sin parar.

–¿Os fuisteis a casa?

–No, *baas* –dijo Vusi negando con la cabeza–. Fuimos a casa del policía y le contamos lo que habíamos visto.